

Aquel desencanto, esta indignación

PEDRO OLIVER OLMO

PROFESOR DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Una de las más célebres proclamas del movimiento 15M y de su pensamiento profundamente irónico –‘lo llaman democracia y no lo es’– tiene una prehistoria semántica que hunde sus raíces en los años 1978-1979, aunque es cierto que su precedente literal más inmediato lo pusieron La Polla Records en sus conciertos y los movimientos sociales alternativos en sus acciones desobedientes. Repensemos el ‘desencanto’ de la Transición desde la ‘indignación’ del presente para entender la genealogía de esa desafección.

¿Por qué buena parte de la mejor gente que luchó contra Franco se desencantó con la democracia? Se ha interpretado de muchas maneras, sobre todo en clave ideológica, y casi siempre para retratar de forma entre difuminada y arisca la figura multiforme de un sujeto político antifranquista pretendidamente maximalista, que en realidad no debía ser valorado como verdaderamente democrático. Aquel joven luchador que al menos hasta 1978 había estado revestido de cierta heroicidad, ya no ocupaba un buen lugar en la mentalidad posheroica de la Transición avanzada, y menos aún a partir de 1982 (en los frívolos, ácidos y antiheroicos años ochenta), cuando el desencanto se hizo naufragio.

Sin embargo, si lo pensamos mejor, aquel primer desencanto, el de 1978-79, ni era marginal ni merecía ser ninguneado y desconsiderado cual si de un mal síntoma cultural se tratara. Se mostraba desafección con la democracia que se estaba construyendo, pero no desde el nihilismo y la indolencia intelectual. En principio, el desencanto era, más que una señal de derrota, una sensación de indignación, lo cual, en el país del ‘franquismo sociológico’ no dejaba de denotar buena salud moral.

En la militancia antifranquista más genuina hubo muchas personas que, aunque fueran conscientes de las dificultades del momento, no dejaban de sentir como una losa el peso de las continuidades del régimen dictatorial en el proceso democratizador. Esto último era especialmente lacerante en materia de orden público, porque sus custodios seguían siendo los mismos policías que habían reprimido la lucha contra Franco. Con el valor del consenso se tejía una ideología de aceptación de la Transición y con el miedo al ejército se imponía una moral de conformidad con el modelo de representación que habían pactado las élites de los partidos políticos. Después de tanta movilización, promover la desmovilización sonaba a impostura.

¿Eran objetivos y razonables los motivos que llevaban hasta la indig-

nación a quienes ya no tenían fuerza para expresarla? Reconozcamos que en materia policial-judicial y, por supuesto, militar, el discurso democrático, tan disociado de la realidad, hubo de sonar a extraña ‘neolengua’ en sus horas más tempranas, cuando, verbigracia, el retrato de Franco ocupaba un lugar destacado en cuarteles y comisarías y los ultraderechistas siguieran ayudando a la policía a reprimir a los manifestantes.

Tras la dictadura, una nueva estructura cultural y normativa se abría camino. Ya no era necesario compaginar de forma arbitraria el palo y tentetieso de la represión, con la zanahoria del castigo menor y las multas gubernativas. Ahora, en democracia, había que justificar el porqué del palo sin zanahoria. Sin embargo, el debate siempre se crispaba cuando se denunciaba la manera de afrontar la conflictividad política y social. Así ha venido ocurriendo desde Suárez hasta Rajoy. Los Gobiernos democráticos, además de afanarse en negar las acusaciones que afeaban la razón de ser de la propia democracia (desde la tortura a la ‘represión sucia’ de la protesta social), se fueron dotando de jergas jurídico-políticas que, chocando como chocaban con la realidad de las prácticas represivas y punitivas, generaban ideología de conformidad. Tal es la función de toda neolengua, trampa en nuestras mentes para que podamos asumir (sin peso, sin dolor, y en última instancia, sin conciencia) la contradicción entre lo que se dice y lo que se hace. A eso es a lo que dijeron ‘no’ los desencantados del 78-79 y a eso mismo han dicho ‘no’ los indignados.

En una atmósfera rara y densa que tardará algún tiempo en disiparse, entre el 22 y el 26 de marzo de 2014, el ayer y el hoy se fueron mezclando de una forma extraña y elocuente. Una inmensa multitud tomó pacíficamente las calles de Madrid para recibir y acompañar a las Columnas de la Dignidad. Caminaron juntos muchos de los de entonces (los de las luchas del franquismo y la Transición), y muchísimos de los de ahora, los de las áreas indignadas. Ese encuentro ha sido el episodio más reciente de una historia que ya barrunta el fin de los consensos oficiales de la Transición.

Los ruidos comunicativos del 22-M aún resonaban cuando murió Adolfo Suárez. Ante su féretro reaparecieron los políticos del 77-79 y los de ahora. El desafección que viene mostrando una parte de la ciudadanía hacia unas élites políticas acusadas de vivir a cuerpo de rey haciendo de la política una lucrativa carrera personal se dejó notar. Las loas que los dirigentes actuales lanzaban hacia la Transición se fueron volviendo contra ellos mientras transcurría el período de luto oficial por el expresidente muerto. Los mandatarios políticos sobreactuaron como si no se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo: los mismos que se esforzaban por presentar a Suárez como un héroe eran percibidos como villanos. Han logrado agigantar la figura de Adolfo Suárez, pero deduzco que están lamentando como vano el intento de engrandecerse a sí mismos. El desencanto ha vuelto, pero esta vez para empoderarse.

ANTÓN



CARTAS AL DIRECTOR

Sostenella y no enmendalla

O lo que es lo mismo, no dar su brazo a torcer. Esa actitud de los responsables de Sortu es comprensible. Tiene que ser muy duro, desde el punto de vista intelectual, sentimientos aparte, defender durante casi 50 años las tesis, fines y medios de ETA como para que ahora muestren que estaban equivocados. Esa es la posición que se refleja en las manifestaciones del presidente de ese partido o coalición cuando dice que «Herri Batasuna no rechazará su pasado porque acertó hace 35 años al no tomar parte en las instituciones y respaldar la violencia». En la misma línea se pronuncia su portavoz cuando manifestó recientemente que «el que esté calificando de injusto el daño causado durante décadas de terrorismo está equivocado ya que el calificativo, además de ser dañino, está fuera de lugar y tiempo». Le preguntaron a Chesterton qué opinión tenía de los ingleses y dijo que no podía dar una respuesta toda vez que no conocía a todos. En el caso de nuestro convulso país se puede establecer un paralelismo en el sentido que no se puede saber si todos los votantes de Herri Batasuna, Bildu o Sortu coinciden con las apreciaciones de su presidente y portavoz; por lo tanto no sería justo decir que todos opinan lo mismo. Esa es una duda que permanecerá a través del tiempo y que solo ellos conocerán. De todas formas, de cara al llamado proceso de pacificación, no parecen posturas que allanen el camino. Da, por otra parte, la impresión de que don Gregorio Marañón tenía razón cuando manifestaba que «las guerras civiles –es decir, sus efectos– duran 100 años». En virtud de esta idea parece claro que no seremos nosotros, ni nuestros hijos, ni tan siquiera nuestros nietos, los que vean los frutos de ese proyecto de paz, por mucho que se empeñen los políticos de turno.

■ RAFAEL HIDALGO SEGUROLA. DURANGO. BIZKAIA

La reforma de los ‘sabios’

El Gobierno designó un gabinete de expertos para que realicen un informe con objeto de ser asesorados para la reforma fiscal. Me pregunto: ¿con una administración repleta de funcionarios de carrera, no lo podrían haber hecho éstos? Nos habríamos ahorrado los honorarios de estos sabios. Estos expertos o sabios han realizado ya su trabajo y presentado su paquete de propuestas. Ahora escucho a estos mismos sabios en emisoras de radio, televisión y prensa escrita, donde presentan y explican con mucha ilusión su trabajo. Escuchando y leyendo sus propuestas, a mí me parecen trileros. Nos dicen: bajamos el IRPF dos puntos, bajamos otro impuesto medio punto y aquel impuesto otro medio punto más. Ahora te subimos este otro, el IBI 10 puntos, otro que no existía lo volvemos a incorporar. El pobre ciudadano acaba pagando tres veces más que antes, el Gobierno sigue intacto sin recortar ministerios, oficinas, etc. Ni recortes en la multitud de senadores, señorías, amiguitos del sistema y excusas, gastando mucho más. Hay que reconocer la genialidad de nuestros gobernantes para confundir y manejar a las masas. Cualquiera funcionario, autónomo, asalariado o ama de casa, habría redactado un informe

más real que éste.

■ ÁLVARO VILLA REY. BERMEO. BIZKAIA

Volverán a enterrarle

Claro que hubo otros, primordialmente el rey Juan Carlos, que con Adolfo Suárez consiguieron la democracia en España, pero sin el carisma, la decisión, el coraje y la generosidad del expresidente recientemente fallecido difícilmente se hubiera conseguido la unidad y el consenso entre gallos engreídos. Con Adolfo Suárez la concordia fue posible. Supo encontrar un espacio de encuentro, defendió el entendimiento, rechazó el enfrentamiento, respetó a los adversarios, consiguió la reconciliación de los españoles enfrentados por la guerra incivil y se inició el camino hacia el progreso y las libertades democráticas. Como reflejan los medios de comunicación, España entera despidió al presidente de la concordia y del consenso, pero quienes hoy tan malamente la representan y nos representan muestran discordia, sectarismo, partidismo y enfrentamiento. El insulto, el tú más, la corrupción y el amiguismo. Si no vuelven al espíritu de la Transición, volverán a enterrar al expresidente, a incrementar el enfrentamiento y a resucitar las dos, tres o cuatro Españas. ■ NINO MUÑOZ. VITORIA